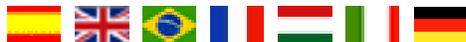


## EVIDENCIAS TESTIMONIALES.

### En respuesta a **EL CULTO A FERENCZI: SUS RAÍCES HISTÓRICAS Y POLÍTICAS**, **Ferenc Erös. ¿Una hipótesis refrendada o una nueva vuelta de tuerca?**



**Liliana Kancepolski**

“En la leyenda de Ferenczi, su figura emerge como el terapeuta que siempre mostró sentimientos reales, cuidado amoroso y ternura hacia los pacientes -en oposición a Freud, que aparece como una figura “autoritaria”, “indiferente”, “rígida” que carecía de interés y empatía genuinos hacia ellos. Pero, puede ser, que el verdadero logro de Ferenczi fue el descubrir las formas en que se puede aumentar la eficacia y el control terapéutico. En este sentido, el amor y la ternura en su postura terapéutica se pueden interpretar no solo como emociones nobles y legendarias, sino también como medios e instrumentos para incrementar el ‘micro-poder’ del terapeuta sobre el paciente en el sentido de la teoría del poder de Michel Foucault. ¿Es posible que -en contraste con la autoridad clásica de Freud-, Ferenczi represente una autoridad moderna, o incluso posmoderna, disfrazada, oculta, políticamente correcta, ideológicamente democrática, igualitaria e interactiva -pero mucho más eficaz que la clásica? Ferenczi es, desde esta perspectiva, una rica fuente de ideas y ejemplos para el movimiento psicoanalítico que busca la renovación de su autoridad en un contexto social radicalmente diferente -en la cultura ‘globalizada’ del siglo XXI.”

#### **EL CULTO A FERENCZI: SUS RAÍCES HISTÓRICAS Y POLÍTICAS. Título corriente: EL CULTO A FERENCZI. Ferenc Erös**

Estimado Ferenc Erös.

He leído con gran interés su artículo **EL CULTO DE FERENCZI: SUS RAÍCES HISTÓRICAS Y POLÍTICAS**, en el Boletín N° 17 de la ALSF.

Mi experiencia analítica comenzó a los 17 años en Buenos Aires, Argentina, continuó en Medio Oriente y siguió en España siempre con la misma psicoanalista, durante 10 años, para luego ser “derivada” -de forma repentina y sin otra explicación por su parte de que ella “había alcanzado (supongo que en cuanto a mí) sus objetivos”-, a su esposo, también psicoanalista, con quien me analicé durante 10 años más. Más tarde, un año y medio después de interrumpir mi segundo análisis, debido a una serie de circunstancias para mí, en ese momento en particular, bastante catastróficas (mucho después comprendí que no había pasado nada tan grave o que fuera tan completamente irreparable o condenable), contacté de nuevo con mi analista para pedirle una única y, seguramente, última pero apremiante sesión, aunque con una cierta y extraña, para mí inexplicable en ese instante, vacilación de mi voz al dejar mi mensaje en el contestador automático, y de la que inmediatamente me sentí culpable. Sabía perfectamente bien que mi psicoanalista no iba a responder a ese mensaje (lo conocía muy, muy bien, y era inflexible al menos en lo que a mí se refiriera), así que llamé nuevamente, expresando mi angustia, pero tampoco obtuve respuesta. A partir de ahí, a o lo largo de varias semanas, el torrente de llamadas cada vez más desesperadas fue frenético, pero nadie respondió a mis mensajes. Finalmente, mi primera psicoanalista, es decir, su mujer, se puso al teléfono con su peculiar tono de voz y manera de hablarme, entre fingidamente distante y a la vez fingidamente maternal, que yo también conocía muy bien, para explicarme “que su marido no atendía más a los pacientes porque ya era un poco mayor (o estaba enfermo, no recuerdo bien lo que me dijo)”, pero que me podía dar el teléfono de otra excelente psicoanalista, lo que inmediatamente agradecí. La cosa es que, para entonces, yo ya no estaba

del todo cuerda. La razón de esto era que, por una parte, me sentía responsable, por supuesto, de mi hija de solo 2 años y, por otro lado, al ver que hasta mis psicoanalistas me habían dejado en banda, poco a poco, mi esposo se había ido convirtiendo, cada vez más y mejor, en un auténtico maltratador. Debo decir que mi esposo -que había sido compañero de estudios y durante solo unos meses, al comienzo, mi “novio”- también se había estado analizando con mis dos psicoanalistas, aunque durante menos tiempo que yo, a instancias de ella que, además, actuó como celestina aviesa en cuanto a nuestra “relación” posterior, sin que nadie se lo pidiera, y sin que en lo que me concerniera, existiera necesidad alguna. En algún momento, tal era mi desequilibrio mental, mi esposo consideró oportuno enviarme al manicomio, y eso fue lo que hizo sin dudarle ni un segundo. Por primera vez en mi vida, me iban a ingresar en una residencia psiquiátrica y me iban a separar de mi hija y mi marido se iba haciendo con el control. Un día, una vez hube vuelto a casa tras darme el alta, me sentí “iluminada”. Me había sentido así varias veces ante la omisión de auxilio perpetrada a conciencia por mis psicoanalistas, la preocupación por mi hija y la total falta de cariño, la animosidad, la actitud violenta y amenazante de mi marido a lo que había que sumar ahora, como una novedad, la experiencia psiquiátrica con todo lo que conlleva de contención mecánica, inatención afectiva, ausencia de apoyos, arbitrariedad y demás cosas que ocurren en esos entornos. De modo que un día, sin siquiera mirar el reloj, no lo necesitaba en absoluto, tomé un taxi y “a mi hora”, puntual como de costumbre, me bajé delante del domicilio de mis analistas. Toqué el timbre y, por primera vez en mi historia analítica con este señor, alguien me abrió la verja sin siquiera preguntar quién era, y sin siquiera instarme a mirar a la cámara ni nada de eso a lo que yo estaba más que acostumbrada. Entonces entré, subí las escaleras hasta el primer piso y ¿con qué me encontré, también por primera vez? Me encontré con que la puerta de la casa estaba abierta, así como así. Por una vez nadie me observó por la mirilla, como había sido siempre, antes de dejarme entrar. Como nadie me recibió, fui directo a la habitación en la que solían atender y en lugar de acostarme en el diván como siempre lo había hecho, me senté en una silla a esperar a que apareciera el buen hombre. Pero casi instantáneamente, eran las 3 y un minuto de la tarde, el timbre del portal, abajo, sonó. Entonces percibí cómo, en el hall de la casa, mi psicoanalista hombre se descomponía: claro, esta vez la que llamaba era la paciente que él esperaba y que llegaba un par de minutos tarde. Descontrolado, corrió al despacho donde yo lo estaba esperando con total calma, y con el rostro desencajado me preguntó que qué hacía yo ahí sentada. Me ordenó, ya por completo fuera de sí, que me fuera de inmediato, a lo cual obedecí, aunque de camino a la salida logré decirle un par de cosas y que me escuchara -recuerdo vagamente lo que nos dijimos-, pero su furia por haber sido pillado in fraganti, sin ningún tipo de máscara detrás de la cual ocultar sus emociones, era tal que, a puntapiés, me empujó escaleras abajo sin dejar de patearme por todos lados, una vez y otra vez. Mi única reacción al furor de este hombre fue simplemente pronunciar su nombre con voz suave. Al escuchar su nombre, el hombre, azorado, dejó de patearme.

Pero para acabar este informe -lo que siguió fue algo así como una distópica, truculenta y siniestra serie surcoreana de Netflix, de una duración aproximada de 25 años, por lo que no voy a entrar ahora en ello-, solo diré que en la consulta de mi analista, de la señora que inicialmente me atendió, solo había colgados dos cuadros: una foto de Sigmund Freud y otra de Leopold Szondi. Que la mujer, con sus más y sus menos, durante un período considerable de tiempo, hizo bastante bien su trabajo, que se basó en gran medida en el reverie, según sus propias palabras, en el maternaje, en la seducción abierta y constante, su voz atiplada, que todavía resuena en mi cabeza, y que según ella su marido no soportaba, su forma de vestir, hipnótica por lo esperpéntica que resultaba, a veces camisa transparente, ponchos personalizados, pantalones negros ajustados y acampanados en el bajo siempre, botas negras con tacones altos también siempre, su cabello siempre corto y teñido de rubio y de peluquería, su particular manera de gesticular y mover los ojos, su cara redonda, sus cejas depiladas, sus labios rojos, sus grandes gafas, el succulento goteo de chismes y trucos que me servirían hasta mi muerte para sobrevivir en la jungla, esos detalles de su vida íntima que me contaba cada tanto de manera controlada, ese atender mis constantes e intempestivas llamadas de auxilio, estuviera o no atendiendo a otros pacientes, o comiendo una ensalada, o bajo las sábanas -o desternillándose de la risa y de un gozo incalculable que seguramente generaba en ellos el asunto de mis sufrimientos y terribles inseguridades y terrores de toda clase-, es decir, a cualquier hora de la mañana, tarde, noche o madrugada, pero alternando todo esto con una milimétrica distancia terapéutica y una frialdad infranqueables, aderezadas con ocasionales interpretaciones “salvajes”, más propias de una loca desatada que de alguien que se supone

que debiera saber meridianamente lo que hace, más una concepción ultraortodoxa de lo que es, o debería ser un psicoanálisis, en su caso, seguramente freudokleiniano, de modo que me tenía atada y bien atada a su persona en la contundente fantasía de que yo era su paciente predilecta por los tiempos de los tiempos, su heredera directa como futura gran psicoanalista yo misma, pero también y sobre todo, su potencial -en mi cabeza- hija adoptiva.

¿Que qué quiero decir con todo esto? Que en el despacho de mi psicóloga no había ninguna foto, ni siquiera de grupo, en la que apareciera el rostro amable de Ferenczi. No. Ella no tenía -como tengo yo, en un estante de la cocina, junto a la foto de una sobrina, de una hermana mía, tras nuestro fortuito, bendito y glorioso encuentro que tuviera lugar años ha en una librería, en forma de diario clínico-, una foto de Ferenczi. Compré ese diario como tirada por unos hilos, sin saber ni remotamente por qué, porque honestamente sabía muy poco, por no decir que no sabía nada de ese señor, quizás por el subtítulo que en español es Sin simpatía no hay curación, quizás por la foto de la portada en la que aparece ligeramente inclinado junto a Freud... No. Sandor Ferenczi no pudo entrever en modo alguno que sus buenas artes, que sus insistentes, definitivas y solo de cara al público, controvertidas conclusiones, por las que sufrió tan intensamente (y por las cuales fue ocluido tan injusta e interesadamente), iban a ser utilizadas hoy por una casta de sinvergüenzas relacionales que no saben nada ni creen en nada porque nunca experimentaron como él en sus carnes lo que es la muerte en el alma, que tu propio psicoanalista -sea una reverenda como se llame o uno grande entre los grandes-, a quien le entregas como un ángel con su lacaniana falta, tu existencia y tu ser, por lo cual además le pagas como si esa mujer fuera a ser tu hada salvífica, te abandone sin contemplación, sin una pizca de compasión, y de un solo tiro -como Yocasta abandonara a su pequeño Edipo o como “dios” abandonara a su Hijo-, no sin antes cogerte con sus garras y retorcerte los tobillos, para su único y propio beneficio, sin darte lugar siquiera a elaborar tu famosa transferencia y liquidar tus fantasías más amorosas y/o más negativas -como no lo hagas tú solo en el frenesí de tus pesadillas mientras en todas partes y por todos lados, todos te ningunean y te castigan, vas perdido-, sin más explicación que la de que “he alcanzado mis objetivos.” No. No es que queramos convertir a Ferenczi en un mito. Lo que pasa es que esto se ha convertido en un infierno psicoanalítico y que Ferenczi existió, porque yo lo digo, y porque yo sí que lo he vivido.

Si concluimos en términos foucultianos, que “el verdadero logro de Ferenczi fue el descubrir las formas en que se puede aumentar la eficacia y el control terapéutico”, es que no logramos entender que no es la herramienta la culpable de que se la utilice para destruir a alguien. El descubrimiento, que ahora se nos augura sombrío, más propio de un Bernays que de un Freud, incluso, de que alternando, como explico más arriba, unas técnicas de manipulación con otras, ahora te lo doy y ahora te lo quito, que en ningún caso fue lo que Ferenczi hizo, ni lo que pretendió hacer, solo pervirtiendo los hechos y tergiversando la esencia de su quehacer y de su palabra, podríamos llegar a creer que llevado por una sed inconsciente de poder y de venganza diabólica y descontrolada, Ferenczi buscó y rebuscó en sus entrañas hasta dar con lo que estos psicoanalistas, relacionales e intersubjetivistas que es así es como se autoproclaman, necesitaban para entretejer a medida y desaprensivamente su telaraña en torno al primero que caiga, para gradualmente sumirlo en un sopor mortífero, que dure y dure, del que solo despertará una vez se encuentre dentro del monstruoso y glacial útero de la máquina psiquiátrica desde el cual nadie, os lo puedo prometer, jamás, escuchará sus aullidos.

Si solo en la leyenda, Ferenczi tuvo sentimientos nobles y el propósito firme de ser auténtico y de curar a sus pacientes, para lo cual buscó denodadamente creer en ellos, cuestionando a su maestro, ¿quién fue entonces el auténtico Ferenczi, el Ferenczi histórico? ¿A quién entonces, condenaron al ostracismo, tacharon de psicótico y potencial asesino, y por qué? Si mi psicoanalista, freudokleiniana y szondiana, me manipulaba como me manipulaba, llenándome la cabeza con la idea de que lo que ella me daba era amor del bueno y que mi paga se justificaba a causa de ese gran amor que ella me daba, para finalmente dejarme suspendida en el aire sin nada de que agárrame como para evitar caer en la más profunda de las depresiones al descubrir yo que ese amor no era más que un conjunto vacío, como diría mi amigo, ¿era por el Ferenczi de los últimos años, el Ferenczi que se dispuso a exorcizar sus demonios, el Ferenczi real

o el legendario, del que ella en cualquier caso no pudo en su tiempo haber leído nada, o era más bien por Melanie Klein, que desarrolló su propio y a veces contratransferencialmente turbio ideario, más allá de que se hubiera analizado con Ferenczi sin llegar a resolver su propia conflictividad para acabar proyectándola en los más pequeños para así disculparse a sí misma y a las demás mamás? ¿Qué ata más, el odio expreso, o la pretendida infumable cordialidad? “Un odio inexpreso fija más que el perdón”, dejó escrito Ferenczi quien justamente, además, denuncia no ya la insensibilidad del analista, la afectación al saludar y deduzco que la afectación en general, si no, y lo que aquí más nos importa, su no reacción. Porque frente a esa no reacción, el paciente, explica Ferenczi, “como no quiere pensar mal de nosotros ni considerarnos desfavorablemente, busca la causa de esta no-reacción en sí mismo, es decir, en la cualidad de lo que nos ha comunicado.” Y continúa: “Finalmente, [el paciente] duda de la realidad del contenido que estaba anteriormente tan próximo al sentimiento.”

Ferenczi, no es precisamente, por todo esto, y si es que yo no interpreto mal sus textos, quien nos invita a la corrección política tan postmoderna, igualitaria y democrática ella (y que, paradojas de nuestro cacareado siglo XXI, nos está llevando a un totalitarismo como nunca lo hubo), ni mucho menos a disfrazar ni ocultar ni nuestra autoridad ni nuestros afectos, sean estos los que sean, ni nuestros principios, si no, por el contrario, a reaccionar, a exponer esos afectos abiertamente, sean los que sean, como digo, y no únicamente tiernos, y no a ocultarlos o disfrazarlos como soléis hacer muchos psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas y médicos del mundo. Esto no significa en modo alguno que tengamos que llegar al extremo de echar de nuestra consulta a puntapiés a cada uno de nuestros pacientes necios cuando no se portan bien, cosa que solo ocurre cuando llevamos años pretendiendo que somos como de piedra, inaccesibles e inmovibles e impermeables. Del mismo modo, tampoco significa, tal y como Ferenczi comprobó por sí mismo -ensayo y error-, que debamos llegar al extremo de recostarnos en el diván y ceder nuestro puesto al otro como quien participa en un mero juego “interactivamente”, porque, si somos capaces de percibir que, a ojos del paciente, nosotros también podemos llegar a ser ocasionalmente transparentes, es porque comprendemos que la mutualidad se da de por sí de manera natural, íntimamente, siempre, que no la tenemos que ir a buscar “a otro sitio”, mutualidad que en ningún caso es sinónimo de “igualdad” o de deposición de la autoridad. Porque el profesional que está ahí, y que se supone que sabe muy bien para qué está ahí -porque ya se analizó, y porque también estudió-, esto es, para ayudar y, a ser posible, para curar a ese otro que también está ahí justamente porque, y yo diría que para su bien, nos supone un saber acerca del que él dice que nada sé. El análisis vendría a ser por consiguiente, ese vínculo que, en ese ir y venir, en ese dar y recibir a base de escuchar de manera activa, con empatía, de reaccionar de forma espontánea pero al mismo tiempo fundamentada en nuestra ética y en la autocrítica, de manera coherente, y no a la defensiva, y de reflexionar, conduce a que el paciente se dé cuenta, lo más rápido posible (porque a él le urge, lo que lo convierte en prioritario), de que, en realidad, sí sabe, tanto o más que lo que nosotros podamos llegar nunca siquiera a imaginar.

(Si el pobre de Ferenczi asomara la cabeza y descubriera que no es así como se le interpreta, moriría fulminado una vez más porque vería sencillamente, que ni vale la pena continuar.)

*Volver a Evidencias Testimoniales*

*Volver a Newsletter 18-ALSF*